

en defensa de la fe. Este horroroso consejo fué aprobado y confirmado en varias juntas, y solo les faltaba un asesino que le pusiese en ejecucion. Todo lo facilitó aquel metal encantador á que sacrifican los hombres su sosiego, y con que compran sus delicias y sus delitos. Habia un hombre facineroso, llamado Juan de Labadía, acostumbrado á manchar sus manos con sangre humana en los frecuentes homicidios que habia cometido. A este perverso ofrecieron los judíos una cantidad de oro considerable con condicion de que quitase la vida violentamente al santo inquisidor Pedro de Arbués.

Una proposicion tan sanguinaria, y expuesta á las mas funestas resultas contra su propia vida, hubiere intimidado al hombre mas temerario; pero en este perverso se disiparon los temores con la fuerza del interés, cooperando un amargo resentimiento de que tenia su corazon poseido. Hacia poco que el santo tribunal habia hecho un ejemplar castigo en una hermana suya, rea de delitos atroces y vergonzosos, condenándola al último suplicio, que sufrió con horror y espanto de los que se sentian cómplices en su conciencia. Deseaba vengar la muerte de su hermana que él tenia por injusta; y presentándole la ocasion la satisfaccion de sus deseos, vestida de los atractivos del interés, no tuvo dificultad en encargarse del asesinato proyectado, y de allí en adelante buscaba ocasion oportuna de verificarlo. No pudieron los judíos tomar estas determinaciones tan secretamente, que no se trasluciesen algun tanto. Noticiosos de ellas algunos amigos de san Pedro, que conocian cuánto importaba su vida á la religion, y el inminente riesgo en que estaba, se fueron á encontrar al santo, le dieron cuenta de todo, é intentaron persuadirle á que cuidase mas de sí mismo. Propusieronle para esto que mitigase algun tanto el zelo con que hacia inquisicion de los rebeldes, y la

severidad con que ejecutaba en ellos todo el rigor de la justicia; advirtiéndole que, si no lo hacia así, amenazaba muy pronto y sangriento fin á su vida. En un pecho menos fortalecido de la virtud que el de nuestro santo, hubieran hecho impresion unos avisos que tanto interesaban á la conservacion de su vida; pero esta era materia muy despreciable en la consideracion de Pedro, respecto de ejercer su ministerio con todo vigor y severidad. Prosiguió haciendo pesquisas y castigos como antes, y á los amigos que le amonestaron de su peligro, les respondió con mucha serenidad: *Que se cuidaba muy poco de cuantas maquinaciones pudiese intentar la perfidia de los apóstatas contra su vida; que nada tenia mas impreso en el corazon que el honor de Dios y la pureza de la doctrina de la Iglesia; y que si últimamente Dios le hacia tanta misericordia, que hubiese de ser la víctima que se sacrificase al odio de los infieles en defensa de la fe, suplicaba á su Señor Jesucristo que de un mal sacerdote que era se dignase hacerle un buen mártir, que era lo que él deseaba.*

Las obras confirmaron esta respuesta digna de la fortaleza de un pecho cristiano, porque de allí en adelante se ocupaba con mas actividad en las funciones de su oficio, y solo pedia á Dios que abriese los ojos á los que maquinaban contra su vida, haciéndoles conocer las verdades adorables de la religion cristiana. Aunque se habia resignado perfectamente en las manos de Dios, en cuya confianza proseguia en la severa ejecucion de castigar á los apóstatas, su corazon no dejaba de anunciarle que estaba su fin muy cercano. Dispúsose con oraciones fervorosas, doblados ayunos y penitencias á esperar el término de su vida, y con una fortaleza invencible ejercia sin miedo ni temor los oficios de inquisidor. El perverso Juan de Labadía, encargado de asesinar á san Pedro, para asegurar



mejor el golpe, partió la ejecución de su encargo y la suma de oro que había recibido por precio de su delito con otros dos facinerosos como él, llamados Juan Esperán y Vital Durán. Estos inicuos hombres, despechados y resueltos á poner en ejecución su maldad execrable, buscaban con ansia lugar y ocasion oportuna para verificarlo. La misma virtud de Pedro se la presentó muy cómoda, pues, teniendo precision por su empleo de vivir separado de los demás canónigos que habitaban cerca de la iglesia, acostumbraba pasar á ella en varias horas del dia para adorar al Santísimo Sacramento, y dirigirle sus fervorosas oraciones. Consumia en esto todo el tiempo que le dejaban libre los precisos negocios de su oficio; de manera que á pesar de estos era uno de los canónigos mas asistentes al coro, tanto de dia como de noche. Advirtiéronlo los asesinos, y que no había noche, por tempestuosa que fuese, que dejase de ir á cantar maitines en la iglesia; y así eligieron esta hora para verificar su atentado. El dia 14 de setiembre por la noche del año de 1485 fué el elegido para satisfacer la furia judaica. En esta noche se introdujeron los asesinos sin ser vistos de nadie en la iglesia mayor, y se escondieron en lugares oportunos. Poco despues llegó el santo adornado con los sagrados vestidos con que asisten los canónigos al coro, y antes de entrar en él, fué á ponerse de rodillas delante del altar mayor, haciendo breve oracion al Santísimo Sacramento. Apenas había comenzado á invocar el favor divino, dobladas las rodillas, y levantados los ojos al cielo, cuando salieron de sus escondrijos los judios malvados, y acometiendo al santo primero Durán, y Esperán despues, le dieron tantos golpes y heridas con las espadas, que le dejaron por muerto. Al tiempo de ejecutar este delito tan atroz, estaba el santo pronunciando aquellas palabras de la salutacion angélica:

*Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre Jesus: Y en el coro cantaban aquel versículo del invitatorio: Quadráginta annis, etc.* en que reprende la Iglesia diariamente la pertinacia judaica. Al tiempo de caer en tierra herido mortalmente, cuidando menos de su propia vida que del beneficio espiritual que le había hecho la divina misericordia, prorumpió en estas palabras: *Alabado sea Jesucristo, pues muero por su santa fe.* Los sacrilegos asesinos, habiendo cometido el crimen detestable, quedaron tan aturdidos y horrorizados de su propio delito, que no hubieran podido huir, si no los hubiera favorecido una tropa de cómplices que á empellones los echaron de la iglesia y los pusieron en salvo. Pero buscados despues con diligencia por la justicia eclesiástica y secular, fueron presos y ajusticiados con todo el rigor que merecia su horroroso delito.

Los canónigos que estaban en el coro, conmovidos por el ruido que habían hecho los que huían, acudieron y encontraron al santo, que, revolcado en su sangre, cuidaba mas de dar á Dios gracias por haberle concedido el favor de hacerle sacrificio de su vida, que de su vida misma. Lleváronle á su casa, y manifestándole con lágrimas el grande dolor que les causaba su trágica y temprana muerte, el santo lleno de tranquilidad los consolaba á todos, diciéndoles que no sintiesen el fin de su vida, que era inevitable, sino que llorasen el horroroso delito de los enemigos de la fe, y mucho mas su rebeldía y pertinacia. Dos dias permaneció el santo inquisidor en su cama, unas veces consolando á los que le rodeaban, y otras pidiendo á Dios perdon para sus enemigos. Recibió los santos sacramentos con increíble fervor y devocion de su alma, y anegado en los sentimientos de la fe, esperanza y caridad, murió con la santidad que había vivido, el dia 17 de setiembre del referido año. Su



muerte fué sentida de la iglesia de Zaragoza con las expresiones del dolor mas intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cubrieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del *Miserere* y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz, los ministros cubiertos los rostros con velos negros; y reconciliada la iglesia, se trasladó á ella el santo cadáver para darle honorífica sepultura. A esta sazón quiso Dios manifestar la santidad de su siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia extendido por el pavimento de la iglesia al caer herido el mártir de Jesucristo se habia secado de manera que, refregándola con lienzos ó papel blanco, de ningun modo quedaban teñidos de la mas minima señal; pero apenas entró el santo cadáver en el templo, cuando inmediatamente apareció toda la sangre líquida, hirviendo y tan caliente como si en aquel instante hubiera sido vertida. Conmovióse el numeroso pueblo en vista del milagro; el capitulo cuidó de autenticarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida, se hizo mas gloriosa y probada con el martirio. Los reyes católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de mármol, adonde se trasladó su cuerpo. Aumentándose despues por una parte la adoracion de los fieles, y por otra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fué beatificado por Alejandro VII en el dia 17 de abril de 1664.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandria, la fiesta de san Hierómides, san Leoncio, san Serapion, san Seleso, san Valeriano y san Estraton, mártires, quienes bajo el emperador Maximino fueron arrojados al mar por haber confesado el nombre de Jesucristo.

En Bitinia, san Autónomo, obispo y mártir, quien, huyendo de la persecucion de Diocleciano, se fué desde Italia á aquella ciudad; donde, habiendo convertido mucha gente á la fe, fué inmolido en el altar por unos paganos furiosos, mientras estaba celebrando misa, pasando así á ser victima cruenta con la incruenta de Jesucristo.

En Mira de Frigia, el suplicio de san Macedono, san Teódulo y san Taciano, quienes, despues de haber padecido bajo Juliano apóstata diferentes tormentos, fueron de órden del presidente Alémaco puestos sobre unas parrillas candentes, sobre las cuales consumaron alegres su martirio.

En Icona de Liaconia, san Curonota, obispo, quien recibió la corona del martirio, siendo decapitado bajo el presidente Perenio.

En Pavia, san Juvencio, obispo, de quien se hace mencion el dia seis de febrero. Este santo fué conducido á dicha ciudad con san Ciro por san Hermágoras, discipulo de san Marcos evangelista. Estos dos santos predicaron allí el Evangelio de Jesucristo, brillando con sus grandes virtudes y milagros, é iluminando tambien á las ciudades comarcanas con sus obras, acabando sus dias en paz con fin dichoso en la carrera episcopal.

En Leon de Francia, el tránsito de san Serdoto, obispo.

En Verona, san Silvino, obispo.

En Andelecht, san Guy, confesor.